EL ETERNO MITO DEL FRUTO PROHIBIDO EN "LO PROHIBIDO" DE BENITO PÉREZ GALDÓS

Lavinia SIMILARU*

Abstract: *Spanish literary critics consider Benito Pérez Galdós as the most remarkable representative of the realism in Spain, and at the same time, one of the most important novelists in the history of universal literature. In his novel, The forbidden, the writer presents with extreme accuracy of all the realists the Madrid of 1880-1884, with details from the life of its inhabitants. The Forbidden tells the story of José María, a man who falls in love with Eloísa, his married cousin and because of this he betrays her husband's friendship. The husband dies and the hero is filled with remorse, and he no longer feels attracted to the senseless woman. José María doesn't love Eloísa anymore, but he loves her sister, who is married. José María is always attracted by 'the forbidden'.*

Keywords: *Benito Pérez Galdós, "The Forbidden", the forbidden fruit.*

Leer a Galdós, en el siglo XXI

No se puede poner en entredicho la actualidad de la obra de Benito Pérez Galdós. Todos los que han leído sus novelas saben que estas interesan en primer lugar a los historiadores, y también a los meros aficionados a la historia, deseosos de conocer la vida de antaño; su obra tiene un palmario valor como documento histórico, puesto que el escritor preclaro introduce en sus novelas elementos históricos, políticos, antropológicos, describiendo con gran exactitud la vida de los españoles de su época. Galdós evoca para sus lectores la algarabía de los vendedores ambulantes, el griterío de los niños pobres, que convierten en juguete cualquier cosa inútil y desechada por sus padres, las voces de los cantantes de ópera en el Teatro Real, describe el cielo de Madrid en primavera, o el caballo de bronce de la Plaza Mayor lleno de nieve durante unos días de enero; su avisada pluma nos hace sentir el calor del fuego y tomar parte al alboroto de la gente cuando hay un incendio en el mercado y se echan a perder varios puestos modestos de vendedores menesterosos.

Las páginas de Galdós desprenden una sensación única de vida verdadera, sus personajes parecen personas reales de su época, que hacen gestos cotidianos y reaccionan con naturalidad, son seres de carne y hueso, con sentimientos y profundidad psicológica. Los personajes de Galdós tienen oficios típicos de la época, en *Fortunata y Jacinta* hay un pintor de panderetas, que entra en una taberna y es convidado a unas copas por unos vecinos. En otro capítulo nos enteramos de que Fortunata renuncia a los servicios de su peinadora, y su amante Juan Santa Cruz llama siempre a algún cochero por la calle. Todas las novelas de Galdós están pobladas por criados, jardineros, vendedores, prostitutas, políticos, diputados, corredores de bolsa, médicos, farmacéuticos…

* Universidad de Craiova, lavinia_similaru@yahoo.es

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

Galdós es "el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española" (Del Río, 1982: 295), ya que "fue el primero en asimilar la lección de Balzac y de Dickens, al par que supo dar sentido nuevo al retorno hacia el antiguo realismo español, apropiándose lo substancial y rehuyendo la trampa de la imitación externa…" (Del Río, *op.cit.*: 295).

En *Lo prohibido*, María Juana revela a su primo secretos de la bolsa de Madrid, a escondidas de su marido, y "estas confidencias, por ser hechas muy cerca de Barragán y del mismo Medina, necesitaban del amparo del abanico, tapando las cotizaciones como si protegieran una sonrisa aleve" (Galdós, 2001: 460). Esconder la boca detrás del abanico para que los presentes no leyeran sus palabras en los movimientos de los labios era un gesto muy característico de las mujeres de antaño. El abanico tiene mucha tradición, y lo usan las mujeres de todas las condiciones. En *Fortunata y Jacinta*, la señora de Santa Cruz lo abre en un gesto reflejo, cuando pesa las palabras que le va a decir a un amigo: "Notaban en Moreno palidez mortal, gran abatimiento, y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar a las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él, abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso..." (Galdós 1992 II: 339). Su rival, Fortunata, da al abanico el uso habitual, lo coge porque tiene calor: "La Pitusa tenía mucho calor, y cogiendo un abanico que junto a la almohada tenía, empezó a abanicarse" (Galdós 1992 II: 466).

En Navidades, los héroes de Galdós compran billetes de lotería, igual que los españoles de hoy. A la familia Santa Cruz le toca la lotería, y tenemos la oportunidad de comprobar que, con respecto a la lotería, nada parece haber cambiado, ya que los décimos se comparten y los números ganadores son catados por los niños del colegio de San Ildefonso:

> Todos los años compraba un billete entero, por rutina o vicio, quizás por obligación [...] sin que nunca sacase más que fruslerías, algún reintegro o premios muy pequeños. Aquel año le tocaron doscientos cincuenta mil reales. Había dado, como siempre, muchas participaciones, por lo cual los doce mil quinientos duros se repartían entre la multitud de personas de diferente posición y fortuna; pues si algunos ricos cogían buena breva, también muchos pobres pellizcaban algo. Santa Cruz llevó la lista al comedor, y la iba leyendo mientras comía, haciendo la cuenta de lo que a cada cual tocaba. Se le oía como se oye a los niños del Colegio de San Ildefonso que sacan y cantan los números en el acto de la extracción. (Galdós 1992 I: 378).

Las familias nobles, aunque venidas a menos, guardaban las apariencias, y se paseaban con arrogancia por las calles de Madrid:

> "…los de Casa-Bojío habían llegado a la extremidad de vivir con lo que les quería fiar el tendero de la esquina; y sin embargo, daban bailes, metían mucho ruido, salían por esas calles desempedrándolas con las ruedas de su coche, y poniendo perdidos de barro a los pobres transeúntes que han pagado al sastre la levita que llevan (Galdós, 2001: 449).

Rosalía, la protagonista de la novela *La de Bringas*, se ve obligada a veranear en Madrid, y la ciudad está sumida en la tristeza:

> El sosiego de algunas calles a las horas de más calor, el melancólico alarido de los que pregonan horchatas y limonadas, el paso tardo de los caballos jadeantes, las puertas de las tiendas encapuchadas con luengos toldos, más son para abatir que para regocijar el ánimo de

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

quien también siente en su epidermis el efecto de una alta temperatura…" (Galdós, 1994a: 244).

Rosalía tiene una gran debilidad por los vestidos y no puede dejar de visitar la famosa tienda de *Sobrino Hermanos*, donde "los ojos se le iban tras de las originales telas, y más aún tras de los admirables modelos colocados en los maniquís. En *fichús*, encajes, manteletas, camisetas, pellizas, estaban allí las *Mil y una noches* de los trapos" (Galdós, 1994a: 263).

En *Misericordia*, Galdós describe con pinceladas naturalistas la turbamulta de mendigos que esperan delante de las puertas de la iglesia, entorpeciendo el paso de los creyentes:

> Los que hacen la guardia por el Norte ocupan distintos puestos en el patinillo y en las dos entradas de este por las calles de las Huertas y San Sebastián, y es tan estratégica su colocación, que no puede escaparse ningún feligrés como no entre en la iglesia por el tejado. En rigurosos días de invierno, la lluvia o el frío glacial no permiten a los intrépidos soldados de la miseria destacarse al aire libre (aunque los hay constituidos milagrosamente para aguantar a pie firme las inclemencias de la atmósfera), y se repliegan con buen orden al túnel o pasadizo que sirve de ingreso al templo parroquial, formando en dos alas a derecha e izquierda (Galdós, 1994b: 64).

Los infelices constituyen un verdadero "ejército", son numerosos y están bien repartidos en el terreno, de manera que nadie puede evitar su acoso. Los hay de todas las edades:

> Bien se comprende que con esta formidable ocupación del terreno y táctica exquisita, no se escapa un cristiano, y forzar el túnel no es menos difícil y glorioso que el memorable paso de las Termópilas. Entre ala derecha y ala izquierda, no baja de docena y media el aguerrido contingente, que componen ancianos audaces, indómitas viejas, ciegos machacones, reforzados por niños de una acometividad irresistible (entiéndase que se aplican estos términos al arte de la postulación)… (*ibídem*).

Igualmente inestimable resulta el testimonio del escritor sobre el desarrollo de la técnica o de las ciencias en su época. En todas sus novelas habla de médicos y medicinas utilizadas, algunas de ellas abandonadas ya, otras todavía usadas para curar. En *Lo prohibido*, el narrador despierta después de muchos días y noches de letargo y tiene que confesarse a sí mismo "Tengo una hemiplejía" (Galdós, 2001: 590). Al héroe le cuesta enormemente resignarse a aquella enfermedad tan penosa, que Galdós describe con los mismos toques naturalistas, y aprovecha la oportunidad de enumerar remedios de su época:

> ¡Cómo podría yo pintar aquel inmenso tedio mío, y la pena de verme medio muerto, inmóvil, y de considerar que nunca más volvería a ser el hombre que fui! […] Administrábame revulsivos y enérgicos derivativos; y para que mi semejanza con un perro fuera mayor, dábame la estricnina. Pensé decirle por escrito que me diera de una vez la morcilla, para hacerme reventar. ¡Terrible trance verme en tanta miseria, rodeado de todas las prosas de la vida humana, no pudiendo valerme sin ajeno auxilio!" (Galdós, 2001: 594).

Es memorable la descripción del lavado del mineral en el pueblo minero de Socartes, en *Marianela*:

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

> El vapor principió a zumbar en las calderas del gran automóvil, que hacía funcionar a un tiempo los aparatos de los talleres y el aparato de lavado. El agua, que tan principal papel desempeñaba en esta operación, comenzó a correr por las altas cañerías, de donde debía saltar sobre los cilindros. […] y al fin empezaron a girar las cribas cilíndricas con infernal chillido; el agua corría de una en otra, pulverizándose, y la tierra sucia se atormentaba con vertiginoso voltear, rodando y cayendo de rueda en rueda, hasta convertirse en fino polvo achocolatado." (Galdós, 2011: 104).

Según destaca Jacques Beyrie, "Galdós, objeto desde algunas décadas de una proliferación de estudios es, ciertamente, en la actualidad, uno de los autores más leídos y más comentados de toda la literatura española" (Beyrie 1995: 180).

El escritor no pierde en absoluto su interés, a pesar de los casi cien años que han pasado desde su muerte, sobre todo porque en sus obras trata temas eternos, que seguirán siendo iguales hasta el fin del mundo. En sus novelas, Galdós habla de sentimientos y de vivencias, que no cambian con los trajes y con el baile de moda; "Galdós llega hasta la entraña de sus criaturas, mostrando […] las altas y bajas de su ánimo" (Menéndez Peláez; Arellano *et alii*, 2005: 336).

El fruto prohibido

Es archiconocido el episodio del *Antiguo Testamento*, de la *Génesis*, donde Dios prohíbe a Adán y a Eva comer fruta del Árbol del conocimiento del bien y del mal. La serpiente consigue tentar a Eva y la mujer convence también al hombre, de manera que los dos comen el fruto prohibido, es decir cometen el "pecado original", gesto que les acarrea la ira de Dios y la expulsión del Paraíso.

El fruto prohibido constituye, sin duda, un mito literario que se origina en la Biblia y conoce numerosos y gloriosos avatares en la historia de la literatura universal.

Al fin y al cabo, en todos los cuentos de hadas folclóricos aparece una prohibición que es infringida y que acarrea a los héroes una serie de desgracias. En términos de Vladimir Propp, esto es una "transgresión".

En la gran literatura, la fruta prohibida, la prohibición, en la mayoría de los casos, viene metamorfoseada en un amor ilícito, y esto aparece en la *Ilíada*, en la leyenda medieval de Tristán e Isolda, en la leyenda de los amantes de Teruel, en la *Divina comedia* de Dante Alighieri, en *Romeo y Julieta* de Shakespeare, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* de Cervantes…

Este tema de gran tradición literaria tentó también a Galdós, quien lo cultivó en *Lo prohibido* (1884-1885), donde el autor evoca el episodio bíblico y su héroe confiesa sentirse atraído por lo prohibido.

En realidad, este tipo de hombre aparece también en *Fortunata y Jacinta* (1887), donde se encarna en un personaje secundario, Moreno-Isla, primo de Aurora Fenelón, con quien mantiene una relación secreta cuando el marido de ella está vivo. Pero después de la muerte de Fenelón, Moreno-Isla no desea ya a la viuda. Aurora sospecha más tarde que él está enamorado de Jacinta, la esposa de Juan Santa Cruz, y se lo cuenta con estas palabras a Fortunata:

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

> Estos solterones vagabundos y ricos son así... Están viciosos, estragados, mimosos; y como se han acostumbrado a hacer su gusto, piden mediodía a catorce horas. [...] Y para mayor desgracia, se engolosina ahora con Jacinta. Lo que a él le enciende el amor es la resistencia; y las que tienen fama de honradas, le entusiasman, y las que sobre tener fama, lo son, le vuelven loco (Galdós, 1992II: 329).

Lo prohibido

El narrador se llama José María y la novela constituye su supuesto diario de los años pasados por él en Madrid. Después de perder a sus padres, José María decide irse a vivir en la capital, donde conoce a su tío Rafael y a sus primos, tres mujeres y un hombre. Sus tres primas están todas casadas, lo que hace sufrir a José María, ya que se enamora de una de ellas.

El mismo protagonista alude al mito bíblico, comparando a Eloísa con Eva, y suponiendo que la mujer amada se dejará tentar por el diablo:

> No sé si lo soñé o lo pensé. Debí de quedarme dormido y ver a Eloísa en aquel pergenio rústico y salvaje, hecha una señora Eva, en el país del abanico más relamido que se podía imaginar. Ella era feliz con su túnico, no sé si de verdes lampazos o de alguna tela inconsútil. No conocía la ambición, ni el lujo; era toda inocencia, salud, dicha. Sus diamantes eran las estrellas, sus galas las flores, sus espejos los lagos, su palacio la bóveda azul de los cielos... (Galdós, 2001: 242)

Esta felicidad sencilla no puede durar; la mujer acaba destruyendo este paraíso, que tanto se parece al Paraíso bíblico. No podemos dejar de observar que, además del nombre, el autor menciona otros elementos del episodio bíblico -la serpiente y la manzana-, de manera que la alusión a la *Génesis* es inequívoca:

> Pero un día la señora Eva alcanza a ver a un ser extraño y desconocido que se aparece en aquel delicioso rincón del mundo donde sólo habitamos ella y yo. Esta tercera persona es el demonio, la tentación, el elemento dramático que viene a emporcar nuestro idilio. No se ofrece a las miradas de la señora Eva en forma de serpiente, ni usa para perderla el ardid aquel de la manzana. ¡Quia! Es un viajero, un náufrago que acaba de arribar a aquellas playas, y para trastornar el seso a mi mujer, le muestra una sarta de cuentas de vidrio. […] Cae mi Eva en la tentación, se vende por las cuentas de vidrio, y el demonio carga con ella. (*ibídem*).

El héroe se expresa de esta manera sobre su amor imposible, comparando a la mujer amada con una fruta, y aludiendo otra vez al episodio bíblico:

> Eloísa pareciome obra maestra de la carne mortal, pues en su perfección física creí ver impresos los signos más hermosos del alma humana, sentimiento, piedad, querer y soñar. Desde que la vi me gustó mucho, y la tuve por mujer sin par, lo que todos soñamos y no poseemos nunca, el bien que encontramos tarde y cuando ya no podemos cogerlo, en una vuelta inesperada del camino. Cuando vi aquella fruta sabrosa, otra la tenía ya en la mano y le había hincado el diente (*ibídem*: 147).

Los dos enamorados vacilan al principio, tratan de resistir, pero en realidad José María no necesita mucho tiempo para convertir a Eloísa en su amante, a pesar de que al principio tiene que lidiar con los remordimientos de la mujer adúltera.

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

En esta disputa, al marido prefieren ignorarlo, como si no existiera: "En ninguna de las conversaciones de aquellos días nombrábamos jamás a Carrillo" (*ibídem*: 229). A pesar de esto, José María no puede dejar de admirar a Pepe Carrillo, su rival; el título del capítulo X de la Parte primera es *Carrillo valía más que yo*. En aquel capítulo, José María destaca la capacidad de trabajo de su rival, quien, a pesar de su grave enfermedad, se dedica a muchas obras benéficas, funda una *Sociedad* con el objetivo de ayudar a los niños abandonados, trata de rescatar de la prostitución a las adolescentes pobres, tiene muchas iniciativas en el Parlamento, impulsa la creación de un periódico… José María admite:

> Sobreponiéndose a sus dolencias, siempre estaba ocupado. No entré una vez en su despacho que no le hallara trabajando, afanadísimo, poniendo su alma toda y su poca salud al servicio de una idea o de una institución. Dábase por entero a diversos objetos benéficos, políticos y morales (Galdós, *op. cit.*: 244).

Mientras que, sobre sí mismo, José María no tiene más remedio que admitir: "Sí, yo era un ser negativo, un vago, una carga de la sociedad, mientras el otro parecíame una de las personas más útiles y laboriosas que se podían ver" (*ibídem*).

Es un amor prohibido, los dos protagonistas tienen dudas y remordimientos, temen el oprobio público, pero son felices, o al menos José María, el narrador, confiesa que precisamente este carácter ilícito de su amor le hace gozar:

> El amor por una parte, con la dulzura de sus goces prohibidos; la vanidad victoriosa por otra, mantenían mi espíritu en estado de tensión incesante. Yo no cabía en mí de gozo. Me sentía ya capaz, no sólo de locuras románticas, sino aun de las mayores violencias, si alguien osara disputarme aquel bien que consideraba eternamente mío. Eloísa me esclavizaba con fuerza irresistible. Su tenaz cariño era pagado liberalmente por mí, con exaltada pasión, con estimación, hasta con respeto, con todo lo que el corazón humano puede dar de sí en su variada florescencia afectiva" (*ibídem*: 231).

José María y Eloísa viajan a París, aunque ella está acompañada por su marido. En la capital francesa tienen encuentros menos furtivos que en Madrid, puesto que el marido de Eloísa está casi siempre ausente, teniendo que buscar médicos para tratar de curar su enfermedad. Los amantes son muy crueles, gozan su amor, sin apiadarse del enfermo, y José María piensa otra vez en la Creación, es decir en los primeros seres humanos, Adán y Eva mientras estaban en el Paraíso, antes de probar el fruto prohibido:

> En los cuatro días que Carrillo estuvo sin más compañía que la de un camarero, en los baños de Enghien, disfrutamos los pecadores de una independencia que hasta entonces no habíamos conocido. Eloísa iba a mi hotel. Estábamos como en nuestra casa, libres, solos, haciendo lo que se nos antojaba, almorzando en la mesilla de mi gabinete, ella sin peinarse, a medio vestir, yo vestido también con el mayor abandono; ambos irreflexivos, indolentes, gozando de la vida como los seres más autónomos y más enamorados de la creación (*ibídem*: 234).

Los dos enamorados no llegan jamás a desear, y tanto menos a provocar la muerte del marido que dificulta sus planes de felicidad, pero en sus pensamientos más íntimos cuentan con aquella muerte, y dan por sentado su futuro matrimonio. Sobre todo Eloísa tiene la seguridad de casarse con José María cuando se quede viuda. A su vez, José María, convaleciente, se despierta pensando que Eloísa es su mujer:

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

> Un ratito después, creo que me hundí un poco en el sueño. Pero resurgí pronto viendo a Eloísa que entraba por la puerta de la alcoba. […] Pues bien, en aquel instante, hallándome tan despierto como ahora y en el pleno uso de mis facultades, creí firmemente que Eloísa era mi mujer. Y no fue tan corto aquel momento. El craso error tardó algún tiempo en desvanecerse, y la desilusión me hizo lanzar una queja (*ibídem*: 190).

Un sueño de este tipo delata sin duda los pensamientos más íntimos del héroe. Está claro que José María piensa casarse con Eloísa.

Eloísa es una mujer fría, que va al teatro y se divierte, cuando su marido tiene dolores insoportables y está agonizando.

La muerte de Carrillo provoca a José María sentimientos muy profundos. Durante los días que siguen a la muerte de Carrillo, el muerto se convierte en el acompañante mudo del héroe, o, mejor dicho, en un fantasma que no deja de atormentarlo; José María tiene la impresión de sentir todo el tiempo la presencia de su antiguo rival, pero no quiere nombrar aquello por su nombre justo, que es "remordimientos".

> En la soledad de aquella noche y de todo el día siguiente tuve un compañero, Carrillo, cuya imagen no me dejó dormir. El ruido de oídos, que me martirizaba, era su voz; y mi sombra, al pasearme por la habitación, su persona. Le sentía a mi lado y tras de mí, sin que me inspirara el temor que llevan consigo los aparecidos. Es más: me hacía compañía, y creo que sin tal obsesión habría estado más melancólico (*ibídem*: 337).

Ahora Eloísa está libre, se ha quedado viuda, y José María no tiene que esperar más que unos meses de prudente luto para casarse con la mujer que ama. Sin embargo, con el pasar de los días José María descubre que ya no se siente atraído por Eloísa. La idea de sustituir a Carrillo, de vivir en la casa del muerto, y de vivir la vida del muerto, le aterra:

> Sí, sí; la muerte de Pepe había sido como uno de esos giros de teatro que destruyen todo encanto y trastornan la magia de la escena. Lo que en vida de él me enorgullecía, ahora me hastiaba; lo que en vida de él era plenitud de amor propio, era ya recelos, suspicacia con vagos asomos de vergüenza. Si robarle fue mi vanidad y mi placer, heredarle era mi martirio. La idea de ser otro Carrillo me envenenaba la sangre. La desilusión, agrandándose y abriéndose como una caverna, hizo en mi alma un vacío espantoso. No era posible engañarme sobre esto (*ibídem.*: 338).

José María acaba confesando que gozaba al "robar" a Carrillo. Cuando Eloísa pertenecía a Carrillo, era la fruta prohibida de sabor muy apetecible. Eloísa libre ya no atrae en absoluto a José María, ya no le inspira más que repugnancia. El héroe no entiende qué le sucede:

> ¿Qué me había pasado? ¿Qué era aquello? ¿Acaso las raíces de aquel amor no eran hondas? Sin duda no, y él mismo se me arrancaba sin remover lo íntimo de mi ser. Era pasión de sentidos, pasión de vanidad, pasión de fantasía la que me había tenido cautivo por espacio de dos años largos; y alimentada por la ilegalidad, se debilitaba desde que la ilegalidad desaparecía. ¿Es tan perversa la naturaleza humana que no desea sino lo que le niegan y desdeña lo que le permiten poseer? (*ibídem*: 341)

Ahora, José María se enamora de Camila, la hermana de Eloísa, y tiene que confesarse a sí mismo que le atrae lo prohibido. Cuando Eloísa se queda viuda, José María desea a Camila, la hermana felizmente casada.

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)

En su Introducción de la edición de Cátedra, James Whiston estima:

> La Segunda Parte de *Lo prohibido* es como un espejo donde la primera experiencia del narrador es reemplazada por una imagen repetida que también es falsa: los amoríos del narrador y Eloísa sólo pueden repetirse con amores soñados en la Segunda Parte, por falta de cooperación de Camila (Whiston, 2001: 47).

José María tratará de tentar a Camila ofreciéndole regalos como antes a Eloísa, tratará de desprestigiar y de insultar a Constantino, el marido de Camila, pero todo será inútil: Camila ama a su esposo, y no cede.

En cuanto a Eloísa, ella no aceptará llevar una vida más modesta, para salvarse de la ruina, preferirá entregarse a otro amante dispuesto a mantenerla, experimentando una decadencia progresiva. La prima mayor, María Juana, trata de casar a José María con una joven encantadora, de buena familia. Pero no lo consigue, y el héroe le confiesa:

> Y por fin, si quieres que te diga la verdad, en mí hay un vicio fisiológico, una aberración del gusto, que no puedo vencer, porque ha echado ya sus raíces muy adentro, confabulándose con estos pícaros nervios para atormentarme. Es, te reirás, es que no me agradan más que las cosas prohibidas, las que no debieran ser para mí. (Galdós, *op.cit.*: 447)

Poco después José María se describe a sí mismo, lamentando su suerte cruel de manera ridícula: "Soy un desdichado que siempre llega tarde, y voy volteando por el mundo, de equivocación en equivocación, queriendo siempre lo que no puedo tener. No doy un paso sin tropezar con una ley que me dice: *¡alto!* Mi dicha está siempre en manos ajenas" (*ibídem*: 474).

Podemos concluir que a José María le atrae solamente lo inalcanzable, lo que la ley y la moral no le permitirían siquiera soñar con poder tener. Este héroe de Galdós se siente feliz solo en el instante en que consigue morder la fruta prohibida. De esta manera, *Lo prohibido* de Galdós presenta intertextualidad con la *Génesis* y con todas las grandes obras literarias que narran amores prohibidos.

Bibliografía

Alvar, Carlos; Mainer, José Carlos; Navarro, Rosa, *Breve historia de la literatura española*, Alianza editorial, Madrid, 2007.

Beyrie, Jacques, "Pérez Galdós", en J. Canavaggio (coord.), *Historia de la literatura española*, Tomo V, *El siglo XIX.* Traducción del francés de Juana Bignozzi, (pp. 175 -180), Ariel, Barcelona, 1995.

Del Río, Angel, *Historia de la literatura española* (vol. 2), Bruguera, Barcelona, 1982.

Menéndez Peláez, Jesus, Arellano, Ignacio, Caso González, José M., Caso Machicado, María Teresa, Martínez Cachero, J.M. *Historia de la literatura española*, volumen III, Everest, León, 2005.

Pérez Galdós, Benito, *Lo prohibido*, Cátedra, Madrid, 2001.

Pérez Galdós, Benito, *Fortunata y Jacinta*, I, II, Cátedra, Madrid, 1992.

Pérez Galdós, Benito, *La de Bringas*, Cátedra, Madrid, 1994a.

Pérez Galdós, Benito, *Misericordia*, Cátedra, Madrid, 1994b.

Pérez Galdós, Benito, *Marianela*, Cátedra, Madrid, 2011.

Propp, Vladimir, *Morfología del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1971.

Whiston, James, "Introducción", en B. Pérez Galdós. *Lo prohibido* (pp. 14-121), Cátedra, Madrid, 2001.

BDD-A30049 © 2018 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.42 (2026-11-15 19:51:54 UTC)